

Adoramos los designios de la Providencia, que ha permitido que los Santos Lugares donde se verificaron los Misterios de la reparación de la humanidad se hallen en poder de infieles. Sin embargo, á costa de extraordinarios sacrificios, los cristianos sostienen en ellos un culto continuo y magestuoso. La humilde gruta de Belen, convertida en el bellissimo templo que nos ha descrito Chateaubriand, se halla siempre rodeada de peregrinos de todas las partes del mundo cristiano; multitud de lámparas arden dia y noche iluminando el venerando edificio, bajo cuyas bóvedas y sobre el altar construido en el mismo sitio donde nació el Verbo humanado, se ofrece diariamente el incruento sacrificio.

### CAPITULO VI.

De como un Angel evangeliza el Nacimiento del Divino Salvador á los Pastores, dándoles la señal por la cual habian de conocerle, y la prontitud y alegría con que ellos fueron á buscarle para adorarle.

A medida que vamos avanzando en nuestros estudios para llevar á cabo el plan que nos hemos propuesto, y que seguramente exija pluma mejor cortada que la nuestra y mas robusta elocuencia que la que nos adorna, va creciendo nuestra admiracion, cuando leyendo las páginas del Évangelio vemos la sábia economía y singular Providencia con que Dios fué ordenando todos los sucesos que decian órden á la Redencion de la humanidad. Hemos visto nacer en la mayor pobreza á Aquel ante cuya presencia cubren sus rostros las supremas inteligencias, que jamás empezó á ser ni tendrá fin. La purísima Virgen, la bellissima Nazaréna que le ha dado á luz y el bendito Patriarca su esposo á quien el recién nacido Infante habia de honrar dándole el título de Padre, son los primeros que llenos de fe, y rebo-sando sus corazones en las mas dulces expansiones de amor, rinden homenajes de adoracion y de respeto al Dios hecho Hombre. No habian de ser ellos solos los que á través de un nacimiento tan oscuro, habian de dar testimonio de su Divinidad. El Eterno Padre quiere que un ángel le pro-clame y traiga con su voz ante el pesebre de su Unigénito, antes que á los Monarcas de la tierra, á hombres sencillos é inocentes. Los espíritus angélicos podrian haber anunciado en todos los ángulos del globo la grata nueva del nacimiento

del Salvador y el mundo todo se hubiera postrado de hinojos ante su humilde cuna. Pero Dios queria que los hombres vinieran libremente á su Hijo, y así como mas tarde, pobres pescadores, sin ilustracion mundana, ni reputacion entre las gentes habian de anunciar su Evangelio á las criaturas, quiere ahora que pobres y rústicos pastores sean los primeros en reconocer y adorar al que venia á dar la salud al mundo. Hé aquí como San Lucas nos refiere este suceso:

«Y habia allí unos Pastores en aquella comarca, que estaban velando, y guardando las velas de la noche sobre su ganado.

«Y hé aquí se puso junto á ellos un ángel del Señor, y la claridad de Dios los cercó de resplandor, y tuvieron grande temor.

«Y les dijo el ángel: No temáis: porque hé aquí os anuncio un grande gozo, que será á todo el pueblo:

«Que hoy os ha nacido el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David.

«Y esta os será la señal: Hallareis al Niño envuelto en pañales, y reclinado en un pesebre.

«Y súbitamente apareció con el ángel, una tropa numerosa de la milicia celestial, que alababan á Dios y decian:

«Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad 1.»

Tal es el modo sencillo con que es anunciada á los Pastores la feliz nueva del nacimiento del Redentor. ¿Y qué señales son esas que les dá el ángel, para que reconozcan al divino Infante por cuya venida al mundo, tanto habian suspirado los justos y Patriarcas? No les dice: le hallareis

1 Luc. II, 8-14.

rodeado de grandeza, y envuelto en ricos brocados como á su dignidad corresponde. Ha nacido no solamente como cualquier criatura sino como la criatura mas pobre y desafortunada: por esto el ángel les dice: *hallareis un Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre*. Sin embargo los Pastores quedan atónitos y pasmados al escuchar la voz del ángel, y mucho mas cuando resuenan en sus oidos los ecos de la multitud de espíritus angélicos que entonaban: *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*.

Con el mayor regocijo la Esposa sin mancha del Cordero, la Iglesia Santa repite diariamente ese cántico sublime: ¡Ah! Gloria á Dios que compadecido de la humanidad le envió el remedio entregando á su Divino Hijo. ¡Gloria á Dios! Bendíganle los ángeles y los hombres, las criaturas animadas é inanimadas: bendíganle todas las generaciones hasta el último dia del postrero siglo y mas allá, porque es bueno y eterna su misericordia... ¡Paz á los hombres en la tierra de buena voluntad! Ya habita entre nosotros el que viene á romper la escritura de nuestra maldicion, haciendo pedazos las duras y pesadas cadenas de la esclavitud del mundo. Gloria á María, añadiremos nosotros: gloria á la bendita Virgen de Judá, cuyo seno inmaculado nos produjo al Mesías anunciado desde el Paraiso. Empero fijemos de nuevo la vista en los Pastores y veamos cual es la resolucion que toman luego que han oido la voz del celestial mensajero que les ha anunciado la feliz nueva. Sigamos el relato de San Lucas.

«Y aconteció que luego que los ángeles se retiraron de ellos al cielo, los pastores se decian los unos á los otros: Pasemos á Belen y veamos esto que ha acontecido, lo cual el Señor nos ha mostrado.

» Y fueron con presteza y hallaron á María y á José y  
» al Niño echado en el pesebre.

» Y cuando esto vieron, entendieron lo que se les había  
» dicho acerca de aquel Niño <sup>1</sup>. »

De este modo quiso el Señor revelarse á almas sencillas, que creen en él con una fe sincera, no obstante que nada sobrenatural ven en la gruta de Belén, pues por mas que multitud de espíritus angélicos hagan allí la corte al que es su Rey, están invisibles para ellos. Les fué suficiente escuchar la voz del ángel que les había anunciado la grata nueva para reconocer en el tierno Infante que yacía en tanto desamparo al Salvador del mundo. Llenos del mayor consuelo se postraron ante el Verbo humanado, y recibiendo con su vista, luz interior, con la cual fueron iluminados, conocieron en el momento los grandes Misterios de la Encarnación y Reparación de la humanidad. A la menguada inteligencia humana, repugna ciertamente el nacimiento por tantos siglos anunciado del poderoso Rey que había de labrar la felicidad de los mortales, en tanta pobreza y desamparo. Por esto nos admira mas la fe de los pastores: entran en la miserable gruta; á sus ojos se presenta un espectáculo desconsolador á primera vista. ¿Qué familia es esta tan falta de recursos que se ha visto obligada por carecer de mejor habitación, á refugiarse en un establo donde no hay abrigo ni comodidad alguna? ¿Cómo nace en tan lamentable pobreza, el destinado á reinar sobre todos los imperios del mundo? Esto hubiese preguntado la prudencia humana, no fijando su consideración en que son incomprensibles á los miserables mortales los designios y arcanos de la Divina Sabiduría. Los pastores no necesitan hacer tales preguntas: ven por

1 Ibid., v. 15—17.

sus ojos la realidad de cuanto el ángel les había manifestado, y al adorar al divino Niño con cuya hermosura quedaron como deslumbrados, le ofrecen los cortos dones de que podían disponer en su pobreza. ¡Oh! ¡Cuán agradables serían á los ojos del Dios Niño las modestas ofrendas de aquellas sencillas almas! Nada necesitaba ciertamente porque era dueño del cielo y de la tierra, y monarca de las eternidades, por mas que en hábito vulgar, digámoslo así, se presentara entre los hombres: por esta razón no estima mas el oro de los monarcas que el óbolo del pobre: lee en los corazones, registra hasta sus mas recónditos senos, y sus sentimientos son los que acepta.

Jesucristo, pues, recibió las primeras adoraciones del género humano, momento después que hubo salido de su Madre, y los pastores que formaron el primer eslabón de la dilatada cadena de adoradores que en la sucesión de los siglos se habían de prosternar ante el Hijo de Dios y de María, satisfecha su piedad, se volvieron á sus comarcas, glorificando y loando á Dios por todas las cosas que habían oído y visto, así como les había sido dicho. El Evangelista San Lucas, antes de dar cuenta de este retorno de los pastores, dice: *María guardaba todas estas cosas, confiriéndolas en su corazón.* Dejemos la explicación de estas palabras á la bien manejada pluma de Augusto Nicolás. « María y solo » María entre todos los asistentes, estaba á la altura de estos » misterios por su fidelidad en no perder nada de ellos, y su » aplicación á meditarlos, á nutrirse de ellos, á comparar » unas con otras todas sus enseñanzas, á atesorar en su corazón » todas sus luces y gracias. Esto quieren significar esas palabras tan sencillas y comunes, pero que encierran el elogio » de la mas alta virtud que hubo jamás. Ellas nos entrea- » bren ese gran corazón, el santo corazón de María, y nos

»dan de él la idea mas vasta, manifestándonos que habiendo recibido luces y gracias con una plenitud singular, las conservó todas, *conservabat omnia*, y no solo las conservó, sino que las cultivó, fecundó, acrecentó mediante el trabajo interior de su fidelidad, y llevó hasta la mas sublime perfeccion. No se nos pregunte ya por tanto lo que hizo la Virgen Santísima, pues esas palabras nos lo dicen con mas exactitud que nos cuentan las acciones de los demas santos, todas las historias que se nos dan de sus vidas. No habia necesidad de que se nos refiriesen minuciosamente los actos de la Virgen Santísima. Su vida fué toda igual y uniforme. Solo hizo una cosa; pero la grande, la única cosa: *conservó las acciones y palabras de la Sabiduría eterna repasándolas en su corazon*<sup>1</sup>. » ¡Ejemplo sublime que nos da la Maestra de la Iglesia! Si á su imitacion, conserváramos en nuestro corazon las palabras y acciones del Redentor, si fijáramos la vista en el pesebre y en las pajas, si recordásemos que pobres y sencillos Pastores fueron los primeros llamados á verle y adorarle, comprenderiamos que la vanidad y la soberbia nos apartan del Salvador y procuraríamos dirigir nuestros pasos por la senda hermosa de la humildad, y en el abatimiento y adversidades, lejos de quejarnos de la Providencia, nos resignariamos gustosos, viendo en ellas el sendero de la felicidad eterna.

Tan íntimamente enlazada está la Historia de la Santísima Virgen con la de su Divino Hijo, que es de todo punto imposible separarlas. Hé aquí porque tenemos que detenernos en algunos pasajes de la Vida del Redentor, porque en ellos vemos resplandecer de un modo admirable las acciones heroicas y las grandes virtudes de la Bienaventurada

<sup>1</sup> La Virgen. Maria, segun el Evangelio. Cap. XII.

criatura que forma el objeto de la presente obra. Hemos visto resultar del gran Misterio del nacimiento del Salvador, el misterio de la adoracion de los Pastores. Importante es que fijemos ahora la vista en otro misterio, cual es el de la adoracion de los Magos. Por uno y otro conoceremos cuán pronto debemos estar á los divinos llamamientos. No es ciertamente la voz de un ángel como á los Pastores, ni el brillante resplandor de un misterioso astro como á los Magos, segun veremos en el capítulo siguiente, el que nos llama á postrarnos ante el Salvador divino: es si la gracia que obrando de mil diversas maneras en nosotros, ora interior, ora esteriormente, nos avisa que solo á los piés del que por nuestro amor siendo eterno quiso nacer en tiempo, encontrar podemos la felicidad porque nuestro corazon ansia.